

EL ESPEJO DE TINTA •

INÉS RAMÓN

Buenos Aires, Argentina, en 1962



Ha estudiado la carrera de Letras en la Universidad Nacional de La Plata. Durante diez años ejerció como profesora de Lengua y Literatura en esta ciudad. Reside desde 2001 en España, donde ha seguido cursos de poesía en la Escuela de Escritores de Madrid y en el Aula de Escritores de Barcelona. Ha publicado *Circular a veces* (Zaragoza, Lola Editorial, 2012); *Un esqueleto cóncavo* (Ávila, Códice de Barras, 2012); *Hallarse en la caída* (Zaragoza, Olifante, 2013); junto a Juan Alonso (microrrelato) y Miguel Ángel Domínguez (ilustrador), el libro mixto *Esquirlas* (Zaragoza, Lola Editorial, 2015); *Ανατέμνειν* (Anatémnein), Madrid, Tigres de papel, 2016; y, junto a Irene Vallejo, *La mañana descalza* (Zaragoza, Olifante, 2018).

Volviendo por la tarde del cole, me entretuve un rato cazando lagartijas. Estaba contento, porque no había podido atrapar ninguna. Sólo me gustaba verlas correr a velocidades supersónicas y escabullirse entre las rendijas de las piedras. Había un viejo muro algo derruido cerca de mi casa: allí salían a tomar el sol los pequeños dragones verdes que tanto me fascinaban. Parecían dinosaurios en miniatura.

Yo tenía una colección de dinosaurios de todos los tamaños y colores. El Tiranosaurio Rex era mi favorito, aunque a veces el Triceratops lo vencía en alguna de las singulares batallas que se libraban en mi habitación. Otras veces el Diplodocus, con una superpoderosa cola gigantesca, se imponía sobre toda la manada.

Esa tarde iba imaginando combates fabulosos entre los abuelos de los bisabuelos de los tatarabuelos de las lagartijas, cuando, de repente, vi un pequeño bulto que se movía muy cerca de mis pies. Pegué un doble salto mortal, y me quedé mirando. No sabía qué era aquello. Cogí una ramita que había por ahí, no fuera cosa que mordiera. El bulto lanzó un chillido y comenzó a mover dos alas despellejadas y grises.

-¡Tiene alas! -pensé- será un Microrraptor o un Pterodáctylus... Y, sin pensarlo mucho, me levanté un extremo de la camiseta, hice un hueco como si fuera la bolsa de una mamá canguro y con mucho cuidado metí mi hallazgo prehistórico en ese improvisado nido.

Corrí hasta casa, entré a mi habitación y saqué de debajo de la cama el cajón de los dinosaurios.

-Tenemos visita-, les dije. -Hoy dormirán en la alfombra-.

Extendí en el fondo de la caja la camiseta de cuadros que me había regalado para mi cumpleaños la tía Margarita, y dejó allí al Microrraptor, que no paraba de alborotar. Bajé en un segundo a la cocina, mojé un poco de pan en agua, lo puse en un platito de plástico y subí en otro segundo. El dinosaurio bebé abrió un pico tan grandísimo en comparación con el tamaño de su cuerpo, que no me resultó difícil alimentarlo. Cada trocito de pan humedecido que le acercaba con la punta de mis dedos, desaparecía con asombrosa rapidez. Estaba hambriento.

Pronto dejó de abrir el inmenso pico, y sus pequeños ojitos se fueron cerrando. Pude mirarlo con tranquilidad: era un bicho feísimo, sin plumas, tembloroso, con una piel arrugada y gris. Un espanto. Rebusqué en el último cajón del armario y saqué un jersey que seguramente ya me quedaría pequeño. Con cuidado, rodeé al dinosaurito. No sea que tenga frío por la noche.

Al día siguiente me desperté antes de que amaneciera. Me levanté de un salto y corrí a sacar la caja que había ocultado bajo el



PEDRO BLESA JARQUE. Nacido en Escucha, es cámara de Aragón TV y fotógrafo de afición. Miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT). Enamorado de la Luna, las estrellas y las brujas. Y de la provincia de Teruel un paraíso para hacer fotos, de todo tipo pero sobre todo nocturnas, que son sus favoritas.

escritorio. Cuando el Microrraptor sintió el movimiento en su nido, comenzó a chillar, abriendo un exorbitante pico lleno de

dientes. Yo estaba en plena operación alimentaria cuando, bruscamente, se abrió la puerta de mi habitación y entró mi madre como un vendaval, con las zapatillas azules de papá y su horrible pijama de flores verdes. Se quedó inmóvil a tres pasos de la puerta y gritó, casi deletreando:

-¿¡Q u é e s e s o?!?!-

-Mamá...es la cría de un dinosaurio volador.... La encontré en el muro. Tuve que cogerla porque si no se hubiera muerto....Se iba a morir de hambre...

Mi madre recobró el movimiento y se asomó a la caja. Frunciendo la nariz, gruñó:

-¡Es un pichón de paloma!

¡¡Lo que me faltaba!! ¡¡;Buscaste el nido?!! ¡¡;Cuándo lo trajiste?!! ¡¡;Por qué no me avisaste?!! ¡¡;Y ahora quién lo va a cuidar?!!-

A la semana, mi pequeño dinosaurio ya tenía nombre, el pico más pequeño, y muchos plumones amarillos, rojos y blancos: lo llamé Jilguerraptor, porque no era dinosaurio, ni paloma, como creía mi madre, sino un pichón de jilguero que se había caído del nido. Para entonces yo ya había aprendido a buscar, removiendo la tierra con la pala, unas asquerosas lombrices negras y sucu-

lentos gusanos blancos que el bicho devoraba moviendo la cabeza como si dijera ¡Sí!. Los otros dinosaurios, los de verdad, metidos en una bolsa, dormían el sueño de los justos. Ahora él era mi preferido: tenía que alimentarlo, limpiar el nido, ver crecer sus plumas, compartir sus primeros saltitos fuera de la caja, dentro de la habitación. Cazar grillos, larvas, pequeños saltamontes, buscar frutos silvestres, semillas, mientras él no paraba de crecer, a los saltitos por todos lados, picoteando los cordones de mis zapatillas o la melena de un Rey León que dormía desde hacía siglos en la estantería.

Mi Jilguerraptor pronto se puso muy guapo: una máscara muy suave de plumas escarlata le cubrió toda la cara, mientras que un antifaz azabache le rodeaba el pico y los ojos. Su espalda se llenó de plumas de color castaño, mientras que el vientre y el pecho eran completamente blancos. Cuando extendía las alas se podían ver unas aterciopeladas plumas amarillas y negras, y al volar, extendía una brillante cola negra con abundantes manchitas de nieve. El bribón no paraba de revolotear por toda la casa. Mi hombro era la pista de aterrizaje desde donde partía y a donde siempre regresaba.

Yo corría, riendo, con Jilgue

haciendo equilibrios en mi mano. Subía las escaleras, recorría cada habitación, bajaba en un par de saltos, abría la puerta y salía al jardín.

-¡Vamos allá!- gritaba.

El extendía sus plumas y emprendía un rápido vuelo que lo llevaba, en un santiamén, hasta la copa de los árboles.

-¡Yupiiii!!;Fantástico!!;Menudo par de alas!!- chillaba yo, sin dejar de correr alrededor de los cerezos y los plataneros donde se perdía mi amigo. Y ahí me quedaba,

mirando hacia arriba, hasta que, con un vertiginoso vuelo en picado, aterrizaba en mi hombro y ambos regresábamos, exhaustos y felices, a merendar.

Durante muchos meses fuimos amigos inseparables. Pero una tarde el bandido, que ya era todo un señor jilguero, voló con mayor rapidez y potencia. Luego de revolotear alrededor de mí como una mariposa, empezó a subir más y más alto alejándose del jardín y surcando el cielo de una forma ondulada, muy extraña, como en un vuelo danzante.

Triiiiiiiiiip...triiiiiiiiip...tiiiitiiiiiiii

Sonaba cada vez más lejos. Yo me quedé inmóvil, sin comprender. Sólo miraba hacia el cielo, hasta que desapareció en la distancia azul de la tarde.

Me quedé allí hasta la noche, esperando.

Desde entonces, me pasaba las horas sentado, inmóvil, al pie de los árboles. Minúsculas olas de luz entraban y salían de las ramas. De vez en cuando el viento me traía una ráfaga tibia, un sonido familiar, como el de un trino melodioso, y mi corazón se sobresaltaba creyendo que mi amigo había regresado.

Pero lo que regresaba a mi hombro era la mano enorme y peluda de mi padre. Ese olor tan raro a gasolina y jabón, lograba que las lágrimas se me salieran solas, sin poder evitarlo.

-Siempre será tu amigo, el único Jilguerraptor del mundo, -me decía-, pero debes dejarlo ir. Los pájaros han de ser libres.

Yo lo odiaba, entonces.

Hasta que una tarde, después de unos quinientos días, escuché un alboroto formidable entre las ramas del platanero. Conocía ese trino, aunque esta vez sonaba diferente. Me acerqué y allí estaba mi amigo. ¡Y eran dos!

Desde mi ventana pude ver cómo, sin dejar ni un momento su dichosa algarabía, iban construyendo un nido con pequeñas ramitas, plumas y hojas secas. Y fue así como me convertí en el mejor amigo, no solo de uno, sino de toda una familia de Jilguerraptors.